

épica cuando en todas las literaturas se extinguía, y el haber gozado nosotros en los romances primero, y después en el teatro histórico, una puesta de sol tan espléndida como no la ha alcanzado ningún pueblo en su carrera triunfal.

La causa principal y más obvia de la pérdida de casi todos nuestros *cantares de gesta* fué que la mayor parte de ellos no llegaron á escribirse. Por tenaz que fuese la memoria de los juglares, no podía conservarlos mucho tiempo en su estado primitivo, y era forzoso que se olvidasen cuando ya habían dejado de cantarse y cuando la moda los había sustituido con otros nuevos. A la feliz casualidad de haber sido copiado en el siglo XIV debemos la conservación del *Poema del Cid*, que indisputablemente es del XII. Ni hemos de maravillarnos de que una narración de menos de cuatro mil versos resistiese tanto, cuando vemos que por transmisión oral se conservaron las epopeyas homéricas; y sin ir tan lejos, el tipo del gran poeta épico que no sabía leer ni escribir se encuentra en plena Edad Media en el grande y excelso cantor alemán Wolfram de Eschenbach. Pero es claro que si el *Parcival*, que consta de veinticuatro mil versos, no hubiera sido escrito muy pronto, aunque no lo fuese por su autor, careceríamos hoy de aquella joya de inspiración mística y caballeresca, porque la memoria humana, aunque sea capaz de prodigios en las edades primitivas y semibárbaras, tiene límites que le es imposible traspasar, y además unos cantos entierran á otros, y en materia épica no suelen ser los mejores los más recientes.

El uso que de los cantares de gesta se hizo como documentos históricos en nuestras Crónicas generales de los siglos XIII y XIV, fué beneficioso en cuanto salvó su contenido y algunos fragmentos; pero indirectamente vino á ser otra causa de ruina para la literatura poética, porque refundida é incorporada en la histórica, se dió mucha más importancia á ésta que á aquélla,

y al paso que las crónicas seguían copiándose y rehaciéndose de mil modos, y formaban parte de todas las bibliotecas señoriales y monásticas, los códices, pocos ó muchos, que existieran de los poemas, caían en desuso y abandono, y nadie se cuidaba de consignar por escrito las narraciones poéticas que todavía no lo estuviesen (y serían las más sin duda alguna), dándose por satisfechos con el extracto en prosa. Todo el lujo de la caligrafía y de la ornamentación se reservaba para las colecciones de versos líricos llamadas *Cancioneros*, y de este género si que hubo abundancia en los siglos XIV y XV, preciosa para el arqueólogo, y estéril muchas veces para el desinteresado amador de la poesía, que sólo por excepción la encuentra en tales libros.

Este mismo aprecio y favor cortesano que logró la escuela de los trovadores así en Galicia y Portugal como en Castilla, perjudicó á la poesía narrativa, y no sólo á la popular y juglaresca, sino á la erudita. Los mismos *mesteres de clerezía* se copiaron poco, no parece que fuesen muy leídos, y el mayor poeta de la Edad Media, el genial y regocijado Arcipreste de Hita, no sabemos que tuviera ni entre sus coetáneos, ni en la generación siguiente, la fama y el prestigio que alcanzaron luego tantos versificadores adocenados ó pedantescos en la corte literaria de los Trastamaras.

Pero aunque todas estas causas contribuyeran á la desaparición de los cantares de gesta, no por eso hemos de creer que en ningún tiempo fuese grande su número. Por razones históricas, que varias veces ha apuntado sagazmente la crítica, y de las cuales hemos de hacernos cargo más adelante, nunca tuvo la epopeya castellana el prolífico desarrollo que la francesa. Su mismo carácter histórico y realista se oponía á ello. Los temas épicos eran pocos, las variantes no substanciales, y muy limitado el campo en que la imaginación podía explayarse. Aun los juglares de decadencia innovan tímidamente y con mucha cautela. Así romances muy



tardíos han podido pasar por eco genuino de los antiguos tiempos, y tomada en conjunto, no hay poesía que haya sido tan fiel á sus orígenes. Nunca su fuerza serena y constante se disipó en los devaneos de la fantasía, pero tuvo los defectos de sus cualidades y se tornó muchas veces seca y rígida, no por ausencia de ideal, sino por concretarle demasiado. La historia fué su pauta, y hasta lo inventado se confundió con lo histórico.

Comparadas entre sí las diversas crónicas que dan el resumen de los cantares, y comparados también los romances viejos que de las crónicas ó de los cantares proceden, se ven reaparecer siempre los mismos ciclos y tratados de muy semejante manera. Bernardo del Carpio y Fernán González, los Infantes de Lara y el Cid, son los héroes obligados, son casi los únicos de este *carmen necessarium* de nuestros padres. Cuando en algo se acrecienta el número de las leyendas, es porque pasan á ser cantadas algunas que primitivamente no lo eran, y que habían entrado en la historia por vía erudita como las relativas á D. Rodrigo y á la pérdida de España.

Al mismo tiempo que los temas de historia nacional, se cantaron los de la leyenda carolingia, tan enlazada con las nuestras, primero en poemas como el de *Maynete*, y luego en romances juglarescos muy españolizados ya, y en otros más rápidos y animados que son como la quinta esencia y la impresión lírica de una canción de gesta.

Hasta aquí hemos considerado el fondo primitivo de lo que con impropiedad se llama *Romancero* castellano. Pero no todo su caudal procede de estas fuentes. Cuando el romance se emancipó definitivamente á fines del siglo XIV ó principios del XV; cuando de las antiguas *gestas* en descomposición brotó un enjambre de espíritus alados y con ellos una nueva primavera poética, el pueblo castellano no había perdido aún la inspiración narrativa, aunque no la manifestase

ya en poemas de tanto aliento ni de tan universal interés como los antiguos. Fué cantada, pues, la realidad contemporánea, pero de un modo anecdótico y en romances sueltos. La nueva poesía tuvo sus preferencias como las había tenido la antigua, olvidó á los mejores reyes en obsequio de un tirano popular y sinietro, antepuso á los grandes triunfos las escaramuzas heroicas, y puede decirse que concentró sus fuerzas en dos ciclos, el del rey D. Pedro y el de los romances fronterizos, espléndida corona de nuestra musa popular, que en ellos se mostró á un tiempo espontánea y artística, enriquecida con todos los progresos de la poesía culta y libre de todos sus amaneramientos, clásica, en fin, si se la compara con la de los rudos é inexpertos cantores de otros tiempos.

Aunque no estimemos más de lo justo la lírica cortesana del tiempo de D. Juan II y de los Reyes Católicos, todavía hemos de reconocer que la habilidad técnica de estos poetas (superiores algunos de ellos á su obra) debió de influir en esta nueva y última fase de la poesía narrativa; y para mí no es dudoso que algunos de los mejores romances del siglo XV fueron compuestos, no por gente lega é iliterata, sino por trovadores famosos que en alguna hora feliz acertaron á olvidarse de sus viciosas prácticas de escuela, y confundiendo entre el vulgo de los juglares anónimos, lograron en premio de su humildad el don de la belleza poética que hasta entonces les había sido negado. Este origen me parece visible, sobre todo, en los romances que tratan de asuntos de la Tabla Redonda (que nunca fué popular en España fuera de los cenáculos poéticos) y en algunos de los novelescos y caballescicos sueltos, que suelen ser lindísimos.

Esta sección, más que otra alguna del *Romancero*, ofrece semejanzas con la poesía tradicional de otros pueblos, y no hay duda que muchos de sus argumentos pertenecen al fondo común de la canción popular



del Mediodía de Europa, emparentada á su vez con la del Norte y con la de pueblos no europeos. Es, pues, más humana que privativamente española; pero aun así tienen nuestras versiones el singular valor de haber sido recogidas mucho antes que las de ninguna otra lengua, y conservar, por consiguiente, un tipo más puro, menos sospechoso de aliño literario, y también menos enturbiado por la decadencia gradual del instinto poético en las muchedumbres. Están igualmente distantes del artificio y de la grosería, y éste es uno de sus mayores encantos.

Este género de romances, lo mismo que los fronterizos y los históricos sueltos, nunca han tenido otra forma que la de canciones breves y enteramente desligadas; y bien puede afirmarse que ninguno de ellos es anterior al siglo XV, no sólo en cuanto á su estado actual, sino en cuanto á su composición primitiva. Algunos han salido de novelas en prosa, otros de consejas ó tradiciones no cantadas: los hay de carácter profundamente lírico, y éstos pueden haber brotado de la fantasía individual. En otros se advierte la transformación de lo histórico en novelesco, borrando las circunstancias de lugar y tiempo, y dando más realce á la parte afectiva que á la heroica. No falta algún ejemplo de poético y misterioso simbolismo. Todos estos refinamientos, toda esta variedad de recursos y temas, juntamente con la aspiración á la poesía sentimental dentro del molde de la canción narrativa, anuncian ya un arte muy maduro, que sólo pudo florecer en las postrimerias de la Edad Media y en los albores de nuestro siglo de oro. Por el primor y la brillantez de la ejecución, estos romances del último tiempo son los más agradables, pero carecen del hondo espíritu nacional y de la grandeza sencilla y ruda de los antiguos. La novela fué siempre una degeneración de la epopeya.

Los romances novelescos, precisamente por ser los más modernos, son casi los únicos que en la tradición

oral se conservan, más ó menos estragados. No se puede decir que el pueblo haya olvidado enteramente los históricos, puesto que en Asturias, en el Algarbe, en la Isla de la Madera y en otras partes se han recogido algunos muy curiosos del rey D. Rodrigo, de Bernardo, de Fernán González, del Cid, del rey D. Pedro y de otros personajes y ciclos, pero aun estos se presentan anovelados, y cuesta algún trabajo reconocerlos, porque á veces ha desaparecido hasta el nombre del protagonista, alterándose además el contenido de la leyenda. En cambio, la tradición oral conserva buen número de romances novelescos y caballerescos positivamente viejos (es decir, del siglo XV ó primera mitad del XVI) que no se encuentran ni en el *Cancionero de romances*, ni en la *Silva*, ni en los pliegos sueltos góticos anteriores á 1550. Conserva también algunos romances religiosos, que no parecen muy antiguos y que á veces son transformación ó imitación de otros profanos.

Es, pues, la tradición oral (viva aún en varias regiones de la Península, especialmente en Asturias, Portugal y Cataluña, y aun entre los judíos españoles de Levante) un importante suplemento de la tradición escrita, pero no ha de exagerarse su valor ni su pureza. Harto hizo con resistir por tres centurias, no ya al desdén de los ingenios cultos, que la ignoraban más que la desdeñaban, sino al abandono del pueblo mismo, que la dejó casi entregada á las mujeres y á los niños, y buscó grosero pasto en los romances vulgares que difundían los ciegos, infelices sucesores de los juglares primitivos. De esta literatura *de cordel*, que malamente confunden algunos con la popular, y que fué su mayor enemiga por lo mismo que en parte nacía de ella y era su corrupción y su parodia, no nos incumbe tratar aquí, como tampoco de los romances eruditos del siglo XVI, que son meras versificaciones de crónicas; ni de los pulidos y elegantes romances artísticos del siglo XVII, en que probaron sus fuer-



zas nuestros mayores poetas, Lope de Vega, Góngora, Quevedo. En sus manos el romance no era ya un género, sino un metro, y hasta su técnica prosódica difiere de la del romance épico, que ahora solicita nuestra exclusiva consideración.

Hemos dicho que en su parte más antigua y venerable, en la canción histórica, que hace á nuestra poesía popular privilegiada entre todas, nuestros romances descienden de las antiguas gestas, ya por línea recta, ya por la línea transversal de las crónicas. Pero esa misma poesía de los cantares de gesta, ¿qué origen tuvo, qué vicisitudes atravesó? ¿Fue creación espontánea del pueblo castellano de la Reconquista, ó surgió como heredera de otra poesía que en España ó fuera de España hubiese existido con análogos caracteres? Cuestiones arduas son éstas, quizá insolubles todavía, y que imponen al crítico la mayor circunspección, antes de lanzarse á pronunciar un fallo que nuevos descubrimientos pueden invalidar mañana. Diré lealmente lo que pienso sobre cada una de las hipótesis emitidas.

Con erudición ingeniosa, pero algo aventurera y temeraria, se han buscado antecedentes de nuestra poesía popular en las raras indicaciones que los antiguos consignan acerca de cantos y tradiciones de las primitivas razas de la Península. Que los Turdetanos tuviesen versos de seis mil años de antigüedad, según apunta Strabon; que los galaicos *ululasen* canciones bárbaras en su patria lengua, según el texto tan traído y llevado de Silio Itálico; que los lusitanos entrasen en las batallas haciendo resonar un *pean* ó himno guerrero, como testifica Diodoro de Sicilia; que en las exequias de Viriato entonaron un epinicio sus compañeros de armas, tejiendo cierta especie de danza fúnebre en torno de la altísima pira que consumía su cuerpo (preciosa narración que debemos á Apiano); que los cantabros clavados en la cruz desafiaban la saña de sus vencedores entonando todavía himnos de guerra (ras-

go de heroísmo sobrehumano que con asombro refiere el geógrafo del Ponto), son noticias ciertamente de gran valor, pero que sólo sirven para comprobar un hecho que aun sin ellas podía darse por supuesto, es decir, la existencia del canto heroico y de la danza bélica entre los abórigenes de España, como en todas las razas y gentes bárbaras y primitivas. Pero no teniendo, como no tenemos, ninguna muestra de esos himnos recitados entre el golpear de los broqueles y el furor del combate,

ritu jam moris Iberi,  
Carmina pulsata fundentem barbara cetra.

(Silio Ital. X, 230.)

y habiendo desaparecido de la haz de la tierra, no ya los pueblos que los cantaron, sino las lenguas en que pudieron ser compuestos (salvo una sola que, como es sabido, carece de monumentos literarios), ¿quién puede atreverse á conjeturar lo que fué esa poesía, ahogada por la conquista romana, y cuyos últimos vestigios hubieron de desaparecer con el Cristianismo, ó perseverar tan sólo en forma de obscuras supersticiones? A pesar de loables y bien encaminados esfuerzos, tanto más dignos de alabanza cuanto es menor la base de conocimiento positivo, todavía es un problema casi todo lo que atañe á la organización religiosa y social de las tribus iberas. ¡Cuánto más ha de serlo lo relativo á la lingüística y á la cultura poética! Ni podemos vencer la dificultad con aplicar á nuestras gentes lo que se cuenta de otras vecinas ó afines, entendiendo, por ejemplo, de los celtas españoles lo que sólo cuadra á los galos é irlandeses, pues así como no puede probarse la existencia del druidismo en España, tampoco hay fundamento para admitir aquí la existencia de bardos ni de ningún otro género de colegio poético, del cual por derivación remota pudieran proceder los juglares



y cantores épicos de los tiempos medios (1). Contentémonos, pues, con saber que los progenitores de los españoles cantaban, y cantaban por lo general cosas heroicas, aunque tampoco careciesen de poesía didáctica y gnómica, pues hasta las leyes las tenían en verso. Si alguna reliquia de estos cantos próto-históricos puede rastrearse, estará acaso, no en las palabras ni en los sonos que se han extinguido hace muchos siglos, sino en los acompasados movimientos de ciertas danzas de carácter muy arcaico, como la llamada *prima* en Asturias, que sirven hoy para acompañar á los romances y otros géneros populares, pero que pueden ser vestigio de costumbres mucho más antiguas, y á ello se inclinan los críticos más severos. Lo que tampoco puede negarse es que en la primitiva historia de España se disciernen ciertas ideas, afectos é impulsos, que andando el tiempo retoñan en la poesía heroica de los siglos medios, de la misma suerte que algunas instituciones y costumbres que parecían muertas ó aletargadas bajo el imperio de la ley romana y de la prematura y artificial civilización hispano-visigótica, surgen de nuevo en la era de la Reconquista, y contribuyen á elaborar un Derecho popular y consuetudinario. Y puesto que sólo de canciones y gestas épicas tratamos ahora, no será aventurado suponer que es de origen ibérico, aun más que clásico, la superstición de los agüeros, uno de los pocos elementos maravillosos que en nuestra literatura épica pueden encontrarse. Ni irá fuera de camino quien busque en fuente tan remota los gérmenes de la organización

(1) De los *bardos* de las Galias se admite generalmente que eran poetas épicos, sobre la autoridad del texto, á la verdad no muy antiguo, de Ammiano Marcelino (XV, 9): «*Et Bardi quidem fortia virorum industriam facta heroicis composita versibus cum dulcibus lyrae modulis cantitarunt*», confirmado en cierto modo por el de Ateneo (VI, 12), que, con referencia á Posidonio de Apamea, dice que los bardos solían ir en los ejércitos y cantar las glorias de sus señores.

armada de la clientela sustituida á la tribu ó á la gente, de los vínculos de hospitalidad, de la adhesión inquebrantable á la persona del jefe, y de otras cosas menos nobles, como la vindicta privada y el desafío jurídico. Episodios hay en la historia de la España ante-romana, por ejemplo, el duelo de Corbis y Orsua en Cartagena, delante de Scipión; ó los sangrientos funerales de Viriato; ó la desesperada resolución de los numantinos, que son épicos en sí mismos, y que si no fueron cantados, merecieron serlo (1). Pero si las narraciones de la Edad Media sugieren á veces el recuerdo de estas otras tan lejanas, no es por comunidad del tema ni por ningún género de filiación visible y exterior, sino por el misterioso vínculo de la sangre y del suelo, y quizá por cierta regresión al estado primitivo traída por las condiciones de la Reconquista.

La poesía latina popular y la poesía eclesiástica de los himnos sólo se enlazan con nuestro estudio en lo que concierne á los orígenes del metro y de la rima, punto capitalísimo que hemos de examinar más adelante. Pero el carácter lírico de estos himnos, su inspiración religiosa y peculiar destino, su origen culto y sabio, impiden establecer ningún género de relación íntima entre ellos y las *gestas* heroicas, que son poesía pura y francamente narrativa de hazañas guerreras,

(1) Es libro capital sobre estos orígenes el de D. Joaquín Costa, *Poesía popular española y Mitología y Literatura Celto-Hispanas* (Madrid, 1881), que reúne con grande estudio los textos clásicos concernientes á esta materia, y apunta muy sagaces conjeturas para su más recta interpretación. Todas son ingeniosas, aunque no todas parezcan aceptables.

La leyenda turdetana de Gargoris y Abidis, conservada por Trogo Pompeyo (es decir, por su compendiador Justino, lib. 44, cap. IV) y la batalla naval de Theron, rey de la España Citerior contra los fenicios de Cádiz, recordada por Macrobio (*Saturnal*, libro I, cap. XX), pueden ser reliquias de antiquísimos poemas ibéricos, que quizá llegaron á conocimiento de los griegos mediante las obras histórico-geográficas de Asclepiades Mirleano y Posidonio de Rodas.



nacida entre el fragor de los combates, y compuesta por gente lega y profana. La rica poesía del *Himnaris* latino-visigodo se asoció á todas las circunstancias de la vida pública: hubo himnos para la consagración del Rey y para el aniversario de su natalicio (*In ordinatione Regis.—In natalitio Regis*), y hubo alguno de carácter tan belicoso como el de *profectione exercitus*, pero todo ello dentro del cauce de la poesía litúrgica, con formas métricas de origen clásico, y sin más reminiscencias que las de los sagrados libros. En algún sentido, no obstante, puede calificarse de popular esta poesía, pues aunque escrita por los doctos se dirigía al pueblo, y el pueblo la entonaba juntamente con el clero, viniendo á tener en ella la misma escasa intervención que tuvo en los Concilios y que solía expresarse con esta fórmula: «*ab universo clero vel populo dictum est*». Y no hay duda que un fervor heroico y patriótico, á la par que religioso, debía henchir el alma de los que repetían en coro estrofas como estas:

Hostiles acies telaque bellica,  
Quae frustra minitatur satellitum  
In necem populi tendere acrius,  
Evertet, Deus, funditus.

.....  
Nostrorum gemitus aspice Principum,  
Vulgi funerea munera contuens;  
Ex justo iugulo deseca emulos,  
Tu, Regum pater omnium.

.....  
Defende populum vindice dextera,  
Quem sacro pretio sanguinis emptus est:  
Hac vero lavaeri gurgite abluens,  
Tot tibi sacras milites.

Victricem tribue, Christe, de hostibus  
Palmam Christicolis coelitus regibus...  
Nunc coepta peragant gressibus prosperis;  
Cum pace redeant sedibus propriis,  
Pactumque recinant hymnum in aetheris  
Huiusce tibi vocibus (1).

(1) Publicado por Amador de los Ríos, *Historia de la literatura*

No intervenía el pueblo en la elaboración de los himnos, pero sí en su ejecución, formando el coro: «*multitudo canentium... incerto numero... sine ullo discrimine*», hecho por sí solo de notable importancia y que puede afirmarse sobre el testimonio del Gran Doctor de las Españas (1). Tenía, además, el pueblo hispano-visigótico cierta casta de poesía vulgar profana, pero de ella hay que decir, con San Eugenio de Toledo:

*Cantica vulgus habet; nos tamen ipsa latent.*

Si eran ya *latentes* esos cantos para un obispo del siglo VII, imagínese cuánto han de serlo para nosotros. No es aventurado suponer que entre ellos deban contarse aquellas *lascivas cantilenas* que solía entonar en los convites el degradado presbítero Justo, especie de juglar eclesiástico cuya semblanza nos ha trazado San Valerio (2). Y noticias, bien poco explícitas, consignadas ya por los Padres de la Iglesia visigoda, ya en las actas de los Concilios, nos dejan entrever la existencia de trenos ó elegías funerales, de epitalamios, y de canciones de saltación ó danza, cuyo torpe estrépito profanó más de una vez los templos, turbando la solemnidad de los divinos oficios (3). Pero todas estas

*tura española*, ilustraciones del tomo primero: *Himnos de la Iglesia española durante el siglo VII*.

(1) San Isidoro, *De Ecclesiasticis officiis*, I. 3.

(2) *Per quam multarum domorum convivium voraci percurrente modulamine plerumque psallendi adeptus est celebritatis melodiam* (*Esp. Sag.*, XVI, 396).

(3) A esto se refiere el canon XXIII del Concilio Toledano III: «*Exterminanda est omnino irreligiosa consuetudo, quam vulgus per Sanctorum solemnitates agere consuevit ut populi, qui debent officia divina attendere, saltationibus et turpibus invigilent canticis, non solum sibi nocentes, sed et religiosorum officiis perstreptantes.*

El canon XII del Concilio I de Braga, que prohíbe cantar en la Iglesia otra poesía que la de los Salmos «*Placuit (patribus) ut extra Psalmis... nihil poetice compositum in ecclesia psallatur*», puede indicar que análogas costumbres existían en el reino



y otras vagas indicaciones que por ajenas de mi asunto omito, se refieren únicamente á la poesía lírica, sin que haya el más leve indicio que permita conjeturar la existencia de cantos épicos.

Y, sin embargo, raya en lo inverosímil que siendo germánicos los orígenes de la epopeya moderna, como hoy reconoce unánimemente la crítica (1), y viéndose clara esta filiación en las gestas francesas, tan análogas á las nuestras, carezca de tales precedentes la epopeya castellana, y brote, como por ensalmo, en un periodo ya tardío de la Reconquista, como *proles sine matre creata*. No ha de admitirse de ligero que los visigodos fuesen excepción entre las demás poblaciones bárbaras (2). Rudimentos de epopeya tenían en sus

suevo de Galicia, pero quizá la prohibición se refiere más bien á los himnos heréticos compuestos por los Priscilianistas, que tanto abundaban en aquella región.

(1) Véase especialmente el libro fundamental de P. Rajna, *Le Origini dell' Epopea Francese* (Florencia, Sansoni, 1884).

(2) Ya Argote de Molina, en su *Discurso de la poesía castellana* (1575), decía hablando de los romances: «*La qual manera de cantar las historias públicas y memorias de los siglos pasados, pudiera decir que la heredamos de los godos, de los quales fué costumbre, como escribe Ablario y Juan Upsalense, celebrar sus hazañas en cantares, si no entendiera que ésta fué costumbre de todas las gentes, y tales debian ser las rapsodias de los griegos, los areytos de los indios, las zambras de los moros y los cantares de los etiopes, los quales hoy día vemos que se juntan los días de fiesta con sus atabalejos y vihuelas roncadas á cantar las alabanzas de sus pasados*».

Convirtiendo en positiva afirmación lo que Argote había dado como tímida conjetura, dijo Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*:

Cantar en ellos fué costumbre usada  
de los godos los hechos gloriosos,  
y de ellos fué en nosotros trasladada...

Con ellos se libraban de la muerte  
y la injuria del tiempo sus hazañas,  
y viva el varón loable y fuerte.

De ellos las heredaron las Españas  
casi en el mismo tiempo que cantaban  
sus refugios en todas las montañas.

antiguas tradiciones consignadas á título de historia por Jornandes. Es cierto que á España llegaron los godos muy romanizados, y que quizá las traían ya olvidadas ó aquí acabarían de olvidarlas, sobre todo después de su conversión religiosa, seguida del predominio del pueblo vencido y de la rápida fusión de las dos razas, dentro del molde de la cultura latino-ecclesiástica. Pero su misma historia en nuestra Península, tan llena de trágicos sucesos, parece que debía ofrecer bajo la pluma de los cronistas algo de aquella animación y vida poética que se siente en los relatos de Gregorio de Tours y de Fredegario, á los cuales muchas veces parece que falta sólo el metro para ser rapsodias de una epopeya merovingia. Todo lo contrario sucede con nuestros escasos y brevísimos analistas de dicho tiempo: pocas cosas igualan en sequedad á los cronicones del Biclarense, de San Isidoro y de sus continuadores: los acaecimientos de más monta están contados á medias palabras, sin nada episódico, sin un detalle pintoresco: sólo la pomposa retórica de San Julián viene á interrumpir algo esta monotonía con su historia panegírica de Wamba, donde se trasluce la intención de presentar los hechos con cierta disposición artística, dilatando y amplificando la narración con descripciones y arengas; pero estos procedimientos, imitados de la historia clásica, nada tienen que ver con la epopeya que buscamos. Y sin embargo, á la existencia de este libro, único de su género en la literatura hispano-visigótica, debió probablemente Wamba un rudimento de leyenda, que sólo él tiene entre los reyes godos anteriores á D. Rodrigo, y que sale un poco del severo cuadro oficial y hierático en que hoy contemplamos las figuras de aquellos monarcas. Esta leyenda fué muy tardía, y nada popular en su formación, aunque algo influyese en ella el prestigio tradicional que en los días subsiguientes á la pérdida de España debía de realzar todavía el nombre del valeroso soldado que intentó detener con mano fuerte la deca-



dencia militar de su pueblo, y ahogó los gérmenes de insurrección en la Galia Narbonense, y desbarató la primera expedición de los árabes abrasando sus bajeles. Si al recuerdo de su espléndida victoria de Nimes y de las demás hazañas suyas, últimas de que la monarquía toledana pudo gloriarse, y que tanto contrastaban con los desastres posteriores, se añaden las singulares circunstancias de su elección, su resistencia á aceptar la corona, que fué preciso vencer con amenazas de muerte, y finalmente, el modo no menos peregrino con que descendió del solio por la traición de Ervigio, se verá que en la historia misma estaban dados los elementos de la leyenda, como generalmente sucede. Los autores de los cronicones asturianos conocieron y aprovecharon la historia escrita por San Julián. D. Lucas de Tuy la intercaló en su *Chronicon Mundi*, alterándola á su modo, con supresiones é interpolaciones que en gran parte desnaturalizan el texto genuino, pero sin rastro alguno de las fábulas posteriores. Los únicos pormenores de carácter maravilloso que tanto el Tudense como el arzobispo D. Rodrigo consignan, estaban ya en el libro de San Julián: aquel «vapor de humo á modo de columna» que se levantó sobre la cabeza del Rey en el momento en que era ungido, y la abeja que voló hacia arriba y fué tenida por feliz pronóstico de su destino. El gran documento apócrifo que D. Lucas trae y D. Rodrigo omite, la falsa división de obispados atribuida á Wamba en un supuesto Concilio, pertenece á otro género de ficciones interesadas, y fué fraguado en el siglo XII (quizá valiéndose de fragmentos geográficos antiguos), por el obispo de Oviedo D. Pelayo, gran corruptor de los primitivos monumentos de nuestra historia.

Los redactores de la *Crónica General*, que alardeaban de seguir con predilección «las historias aprobadas que los sabios antiguos escribieron» copiaron á D. Rodrigo y á D. Lucas, sin omitir la famosa *ithación* de Wamba, pero sin dar el menor indicio de que en el

siglo XIII existieran tradiciones poéticas acerca de este Rey. El primer autor en quien las he visto y seguramente el que las popularizó más, fué el arcipreste de Santibáñez Diego Rodríguez de Almela, capellán y cronista de los Reyes Católicos, en la agradable colección de anécdotas históricas que ordenó con el título de *Valerio de las Historias Escolásticas y de España*, á imitación de los *dichos y hechos memorables* de Valerio Máximo (1). Allí apareció, pues, la leyenda de Wamba, que bien muestra haber sido compaginada á retazos. La embajada de los Godos al Papa es idea tomada del preámbulo del apócrifo Fuero de Sobrarbe: la elección de Wamba, á quien encontraron arando con sus bueyes, recuerda la de Saúl en el libro I de los *Reyes*, cuando andaba buscando las borricas de su padre; y finalmente, la vara florecida del electo es trasunto de la de Aarón y de la de San José. Todo indica el origen monacal y erudito de esta invención. No hubo ni podía haber romances viejos sobre este argumento. Pero en la *Rosa gentil* de Juan de Timoneda (1573) se halla uno que puede muy bien pertenecer al mismo recopilador, y que casi es una mera versificación del texto del *Valerio*:

En el tiempo de los Godos—que en Castilla rey no había...

(1) *Valerio de las Historias de la Sagrada Escritura, y de los hechos de España. Recopilado por el arcipreste Diego Rodríguez de Almela... Nueva edición, ilustrada con varias notas y algunas memorias relativas á la vida y escritos del autor. Por D. Juan Antonio Moreno... Madrid, por D. Blas Román, 1793, pp. 101-104.*

Esta edición es la última, y se titula octava. Las anteriores son: de Murcia, 1487, por el maestro Lope de la Roca, alemán; Medina del Campo, 1511, por el Maestro Nicolás de Piamonte; Sevilla, 1527; Sevilla, 1542, por Domingo de Robertis; Madrid, 1563; Medina del Campo, 1584, y Salamanca, 1587. En estas cuatro últimas ediciones se atribuyó el libro, con error, ó de mala fe, al señor de Batres, Hernán Pérez de Guzmán, sin duda por ser autor más conocido y famoso que Almela.

Tendremos que citar más adelante este libro para otras leyendas.



De intento nos hemos detenido (aun á riesgo de caer en digresión impertinente) en estas ficciones tan desvariadas y tardías, para evitar el peligro de que se las tome, como ya ha pasado, por eco legítimo de la musa popular: cautela que hemos de tener con otras muchas. Nuestra poesía épica nada supo de la España visigoda: puede decirse que hubo en este punto una total solución de continuidad. Ni la trágica historia de Ataúlfo y Gala Placidia, asunto de modernas composiciones dramáticas, ni el estupendo combate de los campos catalaunicos, en que el rey Teodoredo compró con la vida la victoria sobre Atila (1), ni los triunfos del duque Claudio sobre los francos, ni lo que parece más singular, el alzamiento de los Católicos de la Bética contra Leovigildo y el martirio del rey de Sevilla, ni episodio alguno, en suma, de aquel fundamental período de los anales patrios, consta que hayan sido cantados jamás. De ellos puede decirse lo que Horacio de los héroes que vivieron antes de Agamenón: «Carent quia vate sacro». Las únicas leyendas que la España visigoda nos ha transmitido son leyendas piadosas, como las que se contienen en las vidas de los Padres Emeritenses, ó la de la descendión de la Virgen á la basilica de Toledo para premiar el elocuente celo de San Ildefonso, ó las místicas y suaves visiones del ermitaño del Vierzo San Valerio. La España monástica y episcopal de aquellos tiempos nos es bien conocida en sus principales rasgos: la luz que irradiaban sus Concilios y sus escuelas es la única que

(1) Consta, sin embargo, en Jornandes (cap. 41), que cuando el cadáver de Teodoredo fué levantado por los suyos del campo de batalla de Chalons, se cantó un himno fúnebre: *Cumque, diutius exploratum, ut viris fortibus mos est, inter densissima cada-ver reperissent, cantibus honoratum, inimicis spectantibus abstulerunt.* Pero no parece natural que estos cantos fuesen improvisados en aquel momento, y de todos modos debieron ser líricos más bien que épicos, reduciéndose á una lamentación fúnebre.

alumbra aquellas tinieblas: de la España gótica guerrera y semibárbara nada sabemos más que los hechos escuetos y desnudos: combates, asolamientos, fieras venganzas, catástrofes de reyes y de pueblos, cuyo sentido apenas se adivina, cuyas causas apenas se traslucen. La Iglesia asume no sólo la dirección moral y jurídica, sino la representación de aquel pueblo ante la historia.

Basta esta razón para explicar cómo los gérmenes épicos que existían entre la gente visigoda no menos que en los restantes pueblos de estirpe germánica, permanecieron latentes mientras aquel pueblo fué dominado y avasallado por la superior cultura de los hispano-latinos, que súbitamente y como por encanto le hizo subir á un grado de civilización no alcanzado por ninguna otra de las tribus invasoras que se repartieron los despojos del imperio romano. Pero cuando esta civilización, que algo tenía de artificial y sobrepuesta, pareció hundirse con la misma rapidez con que había subido á la cumbre, hubieron de retoñar los antiguos instintos individualistas y guerreros, y á la vez que renacía en las almas el faror bélico, tan amortiguado en las postrimerias del reino gótico, y se creaban nuevas condiciones de vida social adecuadas á la defensa común y á la recuperación del territorio perdido, brotó también el escondido manantial del canto heroico, ora yaciese en las almas de los antiguos iberos domeñados por Roma, ora en las de los conquistadores septentrionales, ora la tuviesen unos y otros.

Antojo erudito, ó más bien paradoja brillante é ingeniosa, ha sido el buscar las primeras manifestaciones de esta nueva inspiración en la prosa rimada del que podemos llamar el último de los cronicónes visigodos, aunque escrito cuarenta y tres años después de la conquista arábiga: en el famoso cronicón muzárabe, dicho vulgarmente del Pacense, y que suelen designar los escritores modernos con los nombres de *el*